

ECO DE ORIENTE

Trisemanario - Sale los martes, jueves y domingos

Número suelto . . . \$ 0.02
Atrasado 0.03
Serie de 10 Nros. . . . 0.20
Suscripción anual . . . 1.50
id por trimestre . . . 0.50

Director, Ls. M. M. DIERES MONPLAISIR

Administrador, Avelino Ruiz V.

Administración:

Imprenta San José

Dirección Telegráfica:

«ECORIENTE»

AÑO III]

Villavicencio, Mayo 30 de 1918—Número 189

[SERIE 19

Piensa del Corpus Xti.

Tres son las substancias que constituyen la persona augusta y adorable de nuestro Señor Jesucristo: el Verbo, el alma y el cuerpo; y estas tres cosas se encuentran real y verdaderamente presentes en el Sacramento eucarístico.

Tres son las causas principales que movieron al corazón sacratísimo de Jesús para instituir tan asombroso y nunca bien alabado Sacramento: la mayor gloria de Dios, la mayor gloria suya y la mayor gloria nuestra, pues un solo Sacrificio de nuestros altares, y una sola adoración eucarística, y una Comunión bien hecha, acrecientan por modo admirable dichas tres glorias.

Tres son también los fines que el Señor se propuso al instituirle, a saber: que fuese un memorial *perenne* de su pasión; que llenase nuestra alma de gracia, y que nos diera una prenda segura de la eterna gloria.

Tres son, además, las razones que nos obligan a comulgar digna y frecuentemente: el mandato de Cristo; puesto que El dijo: *Haced esto en memoria mía; el deseo del mismo Cristo, pues de sus propios labios salieron estas amorosas palabras: Con deseo he deseado comer con vosotros esta Pascua, y el gozo que al mismo Cristo proporciona; pues El dijo: Mis delicias son estar con los hijos de los hombres.*

Tres son, finalmente, los efectos principales que la digna recepción del Sacramento produce en nosotros: *gracia santificante, gracia sacramental y gracia de unión*; y a estas tres gracias hace referencia Jesucristo, cuando en el segundo versículo del Evangelio de hoy dice terminantemente: *El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí mora y yo en él.*

¡Qué palabras! Es como si el Señor dijera: «Todo el que con

las debidas disposiciones se acerca a la sagrada mesa y comulga dignamente, no sólo se une a mí y yo a él del modo más íntimo, real y verdadero, sino que tengo mis complacencias en permanecer como de asiento en su corazón.»

Es decir, que la palabra *permanece* significa que Jesucristo está, no solamente unido al que comulga, sino como habitando en él, a la manera que habita en el sagrario; está como compenetrando todo su ser, y esto de tal suerte, que en vez de convertirse Cristo en él, se convierte él en Cristo; pues como afirman los santos y doctores, al participar nosotros del cuerpo y sangre del Salvador, nos transformamos en aquello que recibimos.

En el alimento ordinario de nuestros cuerpos, observa San Bernardino, la cosa comida se convierte en substancia del que la come, porque este es un ser más poderoso; pero en la recepción de la sagrada Eucaristía acaece lo contrario, porque la sublimidad y el poder del alimento comido, que es Cristo, atrae a sí al que le come dignamente, y hace que sea transformado en El y que participe de su divina naturaleza.

En la regla general de las asimilaciones, cuando se unen dos cosas, la más excelente y de mayor potencia atrae a la más débil y se la asimila; así en la unión, por ejemplo, del fuego y del hierro, no se convierte en hierro el fuego, sino al contrario, quedando el hierro enrojecido y encendido, sin dejar de ser hierro. Por modo semejante, cuando en la Comunión sagrada se unen Cristo nuestro Señor y el hombre, éste queda asimilado a Cristo y recibe sus iluminaciones divinas en el entendimiento, y sus ardores amorosos en la voluntad, y su dilección sagrada en el corazón, y sus deseos e inclinaciones vehementes hacia lo bueno en todo su ser, y aunque el hombre por eso

no deje de ser hombre, participa de las divinas perfecciones de Cristo, y con ellas obra portentosas de virtudes sobrenaturales y heroicas, llegando a decir como San Pablo: *Vivo yo pero no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí.*

En este sentido, expone San Crisóstomo, dijo Jesucristo: *El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece y yo en él.* Y en este sentido afirma San Cirilo, que «la unión de Cristo y del hombre en la Comunión sagrada, no es sólo por hábito, ó por caridad, sino que además Cristo está en él por cierta participación natural; pues a la manera que en la cera derretida uniendo una a otra gota se mezclan y forman como una sola cosa, así en la comunicación del cuerpo y de la sangre de Cristo, está El en nosotros y nosotros en El».

En este sentido también, enseñan mucho y graves expositores, que nosotros, cuando comulgamos dignamente somos hechos *Cristíficos*, ó mejor dicho, concorpóreos y consanguíneos de Cristo.

Con efecto, Cristo nuestro Señor habita en nosotros realmente, todo el tiempo que tardan en consumirse las especies sacramentales, y aunque después de consumidas es cierto que Cristo en cuanto hombre deja de estar en nosotros substancialmente, sin embargo, en virtud de la previa unión y contacto con nosotros, permanecen sus efectos, de tal modo que la vida de nuestra alma se alimenta, se fortalece y se conserva por la gracia recibida, pudiendo decirse que la Comunión sagrada es semilla de la eternidad.

Es decir, que así como nuestras buenas obras, aun después que ya han pasado, dejan en pos de sí el mérito, que es semilla de la gloria y como cierto derecho a la vida eterna, así también la digna recepción de la sagrada Eucaristía, por los piadosos efectos que deja